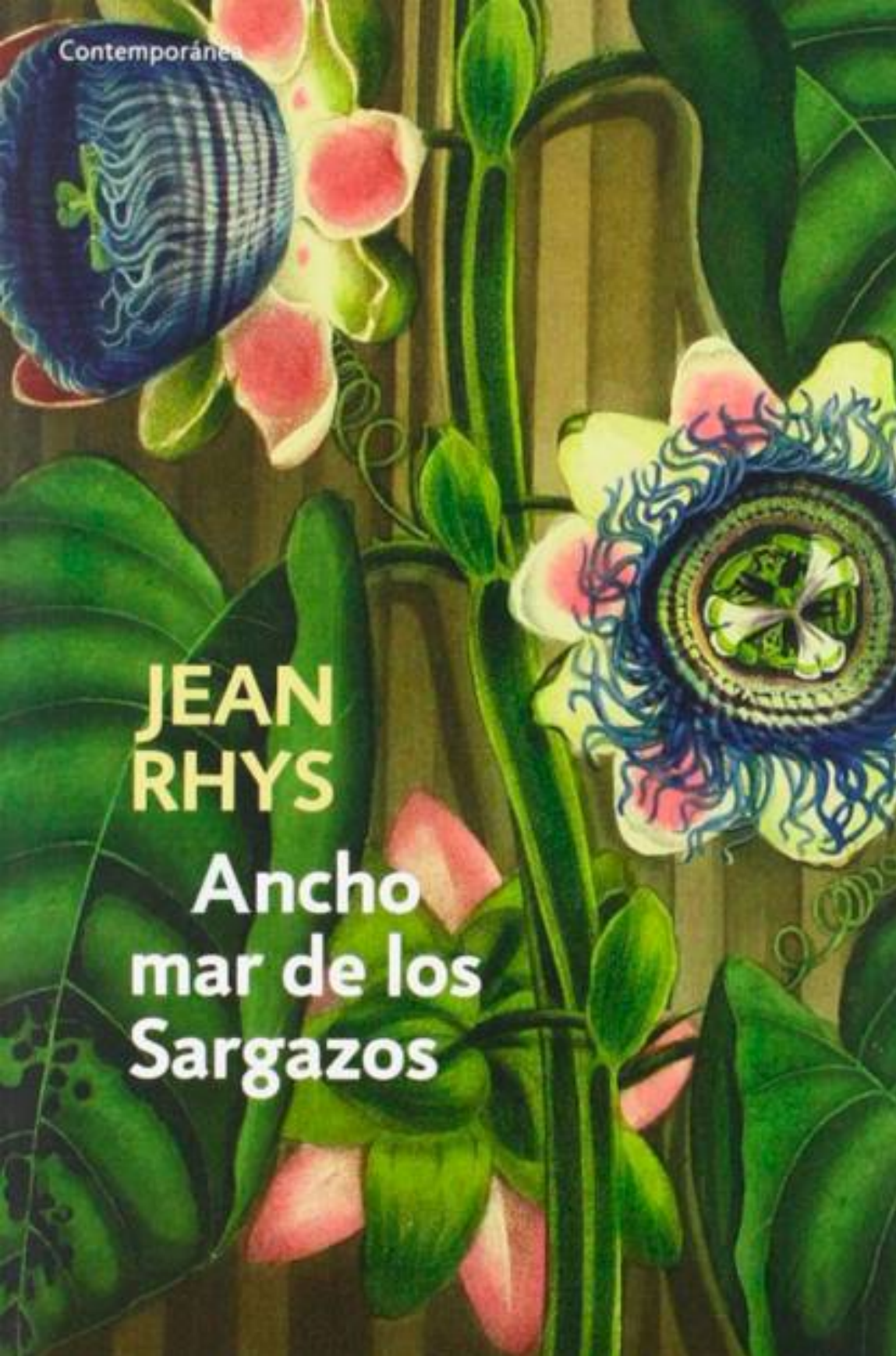


Contemporánea

**JEAN
RHYS**

**Ancho
mar de los
Sargazos**



Los recuerdos cobran fuerza, confusos y desgarradores, en la evocación de una finca perdida del Caribe, cercana a Spanish Town, Jamaica. Inquieta y desamparada, Antoinette Cosway se sumerge en el laberinto de su pasado, intentando volver a recuperar las verdades —si es que alguna vez las hubo— que dieron sentido a su vida. Pero la tarea no es fácil, a lo mejor, después de tanto tiempo, es ya demasiado tarde.

Como si hubieran sido manipuladas por un oscuro demonio, las imágenes de días sofocantemente calurosos, la naturaleza tropical desbordada, el odio de los esclavos emancipados y una madre criolla con el corazón destrozado, regresan a su memoria y se funden en un gran recuerdo de intensidad devastadora. Reviviendo los momentos en que era la pequeña «cucaracha blanca», la hija de la loca, o bien la retraída muchacha que más tarde se entregaría desesperada al amor, Antoinette vuelve a recorrer con su mente la paupérrima hacienda de Colibrí, buscando reconstruir su historia y descubrir las razones de su compleja existencia y su incierto destino: el de una mujer nacida en el limbo creado por el desprecio de los antiguos colonizadores ingleses y el hermético mundo de los esclavos negros liberados.

Primera parte

Dicen que en los momentos de peligro, hay que unirse, y, por esto, los blancos se unieron. Pero nosotros no formamos parte del grupo. Las señoras de Jamaica nunca aceptaron a mi madre, debido a que era «muy suya, muy suya», como decía Christophine.

Era la segunda esposa de mi padre, muy joven para él, según decían las señoras de Jamaica, y, peor todavía, procedía de la Martinica. Cuando le pregunté por qué era tan poca la gente que nos visitaba, me dijo que la carretera que iba desde Spanish Town a Coulibri Estate, donde vivíamos, era muy mala y que, ahora, la reparación de carreteras había pasado a la historia. (Mi padre, las visitas, los caballos y sentirse segura en cama, también habían pasado a la historia.)

Otro día la oí hablar con el señor Luttrell, nuestro vecino y único amigo:

—Desde luego, también tienen sus problemas. Todavía esperan la compensación que los ingleses les prometieron cuando aprobaron la Ley de Emancipación. Algunos esperarán mucho tiempo.

¿Cómo podía saber que el señor Luttrell sería el primero que se cansaría de esperar? Una tranquila tarde, el señor Luttrell le pegó un tiro a su perro, se echó al mar y nadó mar adentro, y desapareció para siempre. De Inglaterra no vino agente alguno a cuidar su finca —Nelson's Rest se llamaba—, y gentes desconocidas, de Spanish Town, fueron allá para chismorrear y comentar la tragedia. Se decía:

—¿Vivir en Nelson's Rest? Por nada del mundo. Es lugar de mal augurio.

La casa del señor Luttrell quedó vacía, y el viento hacía batir los postigos. Pronto los negros dijeron que la casa estaba hechizada, y no querían siquiera acercarse a ella. Y nadie se acercaba a nuestra casa.

Me acostumbré a la vida solitaria, pero mi madre todavía trazaba planes y concebía esperanzas. Quizá tenía que concebirlas siempre que pasaba ante un espejo.

Todavía montaba a caballo todas las mañanas, sin importarle que los negros, agrupados, se burlaran de ella, de modo especial cuando sus ropas de montar a caballo comenzaron a ser harapientas (se fijan en las ropas, saben si hay dinero).

Y un día, muy a primera hora de la mañana, vi el caballo de mi madre tumbado en el suelo, bajo el franchipán. Me acerqué y vi que no estaba enfermo, sino muerto, y que tenía los ojos negros de moscas. Me fui corriendo y nada dije a nadie porque pensé que si no lo decía quizá no fuera verdad. Pero aquel mismo día, más tarde, Godfrey descubrió el caballo, que había sido envenenado. Mi madre dijo:

—Hemos quedado aisladas, ahora. ¿Qué será de nosotras?

—No podía vigilar al caballo noche y día —dijo Godfrey—. Soy muy viejo. Cuando llega la vejez es que llega y es que uno es viejo. De nada sirve no querer ser viejo. El Señor no hace distinciones entre blancos y negros, blancos y negros son lo mismo para Él. Esté tranquila porque los justos nunca serán abandonados.

Pero mi madre no podía estar tranquila. Era joven. No podía quedarse sin intentar recuperar todas las cosas que habían desaparecido tan de repente, sin aviso. Con ferocidad, mi madre dijo:

—Se es ciego cuando se quiere ser ciego y se es sordo cuando se quiere ser sordo. ¡El viejo hipócrita! ¡Sabía muy bien que iban a hacerlo!

—El diablo es príncipe de este mundo —replicó Godfrey—, pero este mundo poco dura para el hombre mor-

tal.

Mi madre consiguió que un médico de Spanish Town visitara a mi hermano menor, Pierre, quien se tambaleaba al andar y no podía hablar con claridad. No sé lo que el médico le dijo ni lo que mi madre dijo al médico, pero sí sé que el médico no volvió y que, a partir de entonces, mi madre cambió. Y de repente, no poco a poco. Se convirtió en una mujer delgada y silenciosa, y, por fin, se negó a salir de casa.

Nuestro jardín era amplio y hermoso como el Jardín de la Biblia: allí crecía el árbol de la vida. Pero se había transformado en un lugar salvaje. La hierba borraba los senderos y el olor de las flores muertas se mezclaba con el fresco olor de la vida. Bajo los helechos arborescentes, altos como los árboles del bosque, la luz era verde. Las orquídeas crecían fuera del alcance de la mano, o bien, por alguna razón, u otra, jamás podían tocarse. Una de ellas tenía aspecto serpentino y tortuoso, y otra parecía un pulpo con largos tentáculos delgados y castaños, desnuda de hojas, colgante de una retorcida raíz. Dos veces al año florecía la orquídea como un pulpo, y, entonces, ni un dedo de tentáculos se le veía. Era una acampanada masa de blanco, malva y profundos púrpuras, que maravillaba mirar. El aroma era muy dulce y muy fuerte. Nunca me acerqué a ella.

La finca de Coulibri, en su totalidad, se había asalvajado igual que el jardín, toda ella era salvaje floresta. Ya no había esclavos, ¿quién iba a trabajar? Esto no me entristecía. No recordaba el lugar en sus días de prosperidad.

Mi madre solía pasear arriba y abajo por el *glacis*, terraza enlosada y con techumbre que corría a lo largo de toda la anchura de la casa y que formaba una cuesta ascendente hasta el lugar en que crecía una masa de bambúes. En pie junto a los bambúes, mi madre veía un panorama que se extendía hasta el mar, pero cuantos pasaban podían verla.

A veces, la dejaban en paz, y otras veces se reían. Mantenía los ojos cerrados y las manos crispadas hasta mucho después de que el sonido de las carcajadas sonara lejos, débilmente. Entre las negras cejas aparecía un frunce que parecía cortado a cuchillo. Yo odiaba aquel frunce, y una vez le toqué la frente para borrarlo. Pero me apartó, no con rudeza sino con fría calma, sin decir palabra, como si hubiera decidido, de una vez para siempre, que, para ella, yo era un ser inútil. Mi madre quería estar sentada junto a Pierre o ir a pie donde quisiera sin que nadie la molestara, quería paz y tranquilidad: Y yo tenía edad suficiente para cuidar de mí misma. Mi madre decía:

—Dejadme en paz, quiero estar sola.

Y, cuando supe que hablaba en voz alta, sola, para sí, me dio un poco de miedo.

Por esto, pasaba, yo, mucho tiempo en la cocina, que se encontraba en un edificio independiente, algo alejado. Christophine dormía en la habitación contigua.

Al llegar la noche, Christophine me cantaba canciones, si estaba de humor. No siempre comprendía sus canciones en *patois* —también era de la Martinica—, pero me enseñó una que decía «Los pequeños crecen, los niños nos dejan, ¿volverán algún día?», y aquella otra que hablaba de la flor del cedro, que sólo dura un día.

La música era alegre, pero las palabras tristes, y la voz de Christophine a menudo se estremecía y se quebraba en la nota alta. «*Adieu*». No era *adieu* tal como lo decimos, sino *á dieu*, lo que, a fin de cuentas, parece más lógico. El hombre enamorado estaba solo, la muchacha abandonada, los niños jamás volvían. *Adieu*.

Sus canciones no eran como las canciones de Jamaica, y ella no era como las demás mujeres.

Era mucho más negra, negro-azulada, con la cara muy delgada y las facciones alargadas. Vestía de negro, lucía pesados pendientes de oro y se tocaba con un pañuelo amarillo, cuidadosamente anudado y con las puntas col-

gando delante. No había mujer negra, salvo Christophine, que vistiera de negro o se atara el pañuelo al modo de la Martinica: Tenía la voz grave y grave la risa (cuando reía), y, a pesar de que sabía hablar buen inglés, si quería, así como francés y el *patois*, se esforzaba en hablar como las demás negras. Pero éstas nada querían saber de ella que, por otra parte, nunca veía a su hijo, quien trabajaba en Spanish Town. Sólo tenía una amiga, una mujer llamada Maillote, y Maillote no era de Jamaica.

Las muchachas de la bahía, que a veces venían a ayudarnos en la limpieza de la casa y la colada, le tenían terror. Y no tardé en descubrir que ésta era la única razón por la que venían, puesto que jamás las pagaba. A pesar de ello, venían con regalos de fruta y verduras, y, después de anochecer, a menudo oía voces bajas en la cocina.

Por esto hice preguntas, referentes a Christophine. ¿Era muy vieja? ¿Había estado siempre con nosotros?

—Christophine fue el regalo de bodas que me hizo tu padre, uno de los regalos que me hizo. Pensó que me gustaría tener una muchacha de la Martinica. No sé qué edad tenía cuando la trajeron a Jamaica, muy joven sería. Y no sé qué edad tiene ahora. ¿Importa? ¿Por qué me molestas preguntándome sobre estas cosas que ocurrieron hace tanto tiempo? Christophine se quedó conmigo porque quiso quedarse. Puedes estar segura de que tenía buenas razones para quedarse. Y me atrevería a asegurar que hubiéramos muerto si Christophine se hubiese puesto contra nosotros, lo cual habría sido un destino mejor. Morir, ser olvidados y quedar en paz. No saber que una ha sido abandonada, calumniada, que una ha quedado sin amparo. De todos los que murieron, ¿quién habla bien, ahora?

—Godfrey también se quedó —dije—. Y Sass.

Irritada, mi madre replicó:

—Se quedaron porque querían un techo bajo el que dormir, y algo que comer. ¡Sass, este muchacho! Cuando su madre se fue contoneándose y le dejó aquí, poco le impor-

taba su hijo... No era más que un pequeño esqueleto. Ahora, se está convirtiendo en un muchacho alto y fuerte y se va. No volveremos a verle. Godfrey es un sinvergüenza. Esos negros nuevos no tratan bien a los viejos. Y Godfrey lo sabe. Por esto se queda. No hace nada, pero come igual que dos caballos. Finge ser sordo. Pero no es sordo, es que no quiere oír. ¡Menudo zorro!

—¿Y por qué no le dices que se vaya a vivir a otra parte?

Mi madre se rió:

—No se iría. Lo más probable es que intentara echarnos a nosotros. He aprendido que más vale no despertar a los perros que duermen.

Pensé: «¿Se iría Christophine, si le dijera que se fuera?» Pero guardé silencio. Temía decirlo.

Aquella tarde hizo mucho calor. Veía gotitas de sudor encima del labio superior de mi madre, y oscuras ojeras bajo sus ojos. Comencé a abanicarla, pero apartó la cabeza. Dijo que, si la dejaba en paz, quizá descansara.

En otros tiempos, hubiera regresado en silencio para verla dormida en el sofá azul, en otros tiempos habría buscado algún pretexto para estar cerca de ella cuando se cepillaba el cabello, suave manto negro con el que cubrirme, bajo el que esconderme, en el que sentirme segura.

Pero, ahora, ya no. No más.

Ésta era toda la gente de mi vida, mi madre y Pierre, Christophine, Godfrey y Sass, quien nos había dejado.

Jamás miraba a los negros desconocidos. Nos odiaban. Nos llamaban cucarachas blancas. Más vale no despertar a los perros dormidos. Un día, una niña pequeña me siguió, cantando: «Vete, cucaracha blanca, vete, vete». Yo comencé a caminar de prisa, pero más de prisa caminó ella. «Cucaracha blanca, vete, vete. Nadie te quiere aquí. Vete». Cuando me encontré en casa, segura, me senté cerca del

viejo muro, al término del jardín. Verde musgo suave como el terciopelo cubría el muro, y no quería volver a moverme jamás. Todo sería mucho peor, si me movía. Christophine me encontró allí, cuando faltaba poco para la anochecida, y me había quedado con el cuerpo tan envarado que Christophine tuvo que ayudarme a ponerme en pie. Christophine nada dijo, pero, la mañana siguiente, Tia se encontraba en la cocina con su madre, Maillote, la amiga de Christophine. Pronto me hice amiga de Tia, y casi todas las mañanas nos encontrábamos en la curva de la carretera que llevaba al río.

A veces, nos íbamos de la lagunilla en que nos bañábamos hacia el mediodía, y a veces nos quedábamos hasta última hora de la tarde. Entonces, Tia encendía una hoguera (para ella los fuegos siempre se encendían, las piedras agudas no le herían los pies desnudos, y jamás la vi llorar.) Hervíamos plátanos verdes en una vieja olla de hierro, los poníamos en una calabaza y nos los comíamos con los dedos. Después de comer, Tia se dormía en seguida. Yo no podía dormir, pero no estaba totalmente despierta mientras yacía a la sombra mirando el agua de la laguna, profunda y verde-oscura bajo los árboles, castaño-verde si había llovido, pero de destellante y de claro verde, al sol. Tan clara era el agua que se podía ver los guijarros del fondo, en la parte menos profunda. Eran azules y blancos y con rayas rojas. Muy bonitos. Tarde o temprano, nos separábamos en la curva de la carretera. Mi madre nunca me preguntaba dónde había estado o lo que había hecho.

Christophine me había dado unos peniques nuevos que me guardé en el bolsillo del vestido. Se me cayeron del bolsillo y los puse encima de una piedra. A la luz del sol brillaban como si fueran de oro, y Tia los miraba. Tenía los ojos pequeños, muy negros, y hundidos.

Entonces me dijo que yo no sabía dar una voltereta en el agua, «como dices que sabes», y que se jugaba tres de mis peniques a que no. Le dije:

—Claro que sé.

—Pues nunca te lo he visto hacer. Decirlo sí, pero hacerlo no.

—Pues me juego todo mi dinero.

Pero, al terminar la voltereta, di otra sin querer y salí a la superficie ahogándome. Tia se rió y dijo que realmente había parecido que fuera a ahogarme de veras. Y, entonces, cogió el dinero. Cuando pude hablar, le dije:

—La he dado.

Pero Tia meneó negativamente la cabeza. No la había dado bien y, además, los peniques no valían gran cosa. Yo estaba cansada y el agua que había tragado me había dejado mareada por lo que le dije:

—Pues guárdate los peniques, negra tramposa. Puedo tener más, si quiero.

Dijo que no era eso lo que se iba diciendo por ahí. Que se decía que éramos pobres como ratas. Que comíamos pescado salado porque no teníamos dinero para pescado fresco. Que la casa era vieja y con tantas goteras que, cuando llovía, teníamos que ir de un lado para otro poniendo calabazas para que en ellas cayera el agua de la lluvia. Había en Jamaica mucha gente blanca. Gente blanca de veras, que tenía dinero de oro. Y esa gente blanca ni nos miraba, y nadie nos había visto con ella. Los blancos de los viejos tiempos no son más que negros blancos, ahora, y los negros negros valen más que los blancos negros.

Me envolví con la harapienta toalla, y me senté en una piedra, de espaldas a Tia, temblando de frío. Pero el sol no me calentó. Quería irme a casa. Cuando volví la cabeza, vi que Tia se había ido. Estuve buscando durante largo rato antes de poder creer que Tia se había llevado mi vestido —pero no mi ropa interior; Tia nunca usaba estas prendas—, el vestido que me había puesto aquella mañana, recién lavado, planchado y almidonado. Tia me había dejado su vestido. Por fin me lo puse y me fui a casa, bajo el sol ardiente, mareada y odiando a Tia. Pensaba dar la vuelta a la

casa e ir a la cocina, pero al pasar ante el establo me detuve para mirar tres caballos desconocidos, mi madre me vio y me llamó. Estaba en el *glacis* con dos señoras jóvenes y un caballero. ¡Visitas! Con desgana subí los peldaños. En otros tiempos había ansiado que vinieran visitas, pero hacía años de esto.

Me parecieron los tres gente muy bella, y las ropas que llevaban eran tan bonitas que bajé la vista a las piernas, y, cuando se rieron —el caballero fue quien más alto rió—, me fui corriendo hacia la casa y, allí, a mi dormitorio. Me quedé con la espalda apoyada en la puerta, y el corazón me llenaba todo el cuerpo. Les oí hablar y les oí partir. Cuando salí del dormitorio, mi madre estaba sentada en el sofá azul. Me miró durante cierto tiempo antes de decirme que me había comportado de una manera muy rara. Y mi vestido estaba más sucio que de costumbre.

—Es el vestido de Tia.

—¿Y por qué llevas el vestido de Tia? ¿Tia? ¿Cuál de ellas es, Tia?

Christophine, que había estado escuchando en la despensa, vino inmediatamente, y mi madre le dijo que fuera a buscar un vestido limpio.

—Y tira esa cosa. Quémala.

Entonces, se pelearon.

Christophine dijo que yo no tenía un vestido limpio.

—Tiene dos vestidos. Lleva uno cuando se lava el otro. ¿Quiere que los vestidos limpios caigan del cielo? Las hay que están locas, realmente.

Mi madre dijo:

—Forzosamente ha de tener otro vestido. En alguna parte, no sé dónde.

Pero Christophine le dijo claramente que era una vergüenza. Que se estaba volviendo loca, que no valía para nada. Y que nadie le hacía caso.

Mi madre se acercó a la ventana («Varados», decía su recta y estrecha espalda, su cabello cuidadosamente enros-

cado. «Varados»).

—Tiene un viejo vestido de muselina. Búscalo.

Mientras Christophine me frotaba la cara con una toalla y me ataba las trenzas con un cordel, me dijo que los visitantes eran los nuevos dueños de Nelson's Rest. Se hacían llamar Luttrell, pero, ingleses o no, no eran como el viejo señor Luttrell.

—El viejo señor Luttrell les hubiera escupido en la cara si hubiera visto la manera de mirarla a una. El mal ha entrado en esta casa, hoy. Sí, el mal ha entrado.

Encontró el viejo vestido de muselina, que se rasgó cuando, con dificultades, me lo puse. Pero Christophine no se dio cuenta.

¡No más esclavitud! ¡Qué risa!

—Esos de ahora, esos nuevos, tienen el Poder de la Ley. Es lo mismo que antes. Y tienen su magistrado. Y viven bien. Y tienen su cárcel y sus cadenas. Y tienen el aparato para destrozarse los pies de los negros. Los nuevos son peores que los viejos. Son más astutos, ésta es la única diferencia.

Durante toda la noche, mi madre no me dirigió la palabra, ni me miró, y yo pensé: «Está avergonzada de mí, y lo que ha dicho Tia es verdad».

Me acosté temprano y me dormí al momento. Soñé que caminaba por un bosque. No iba sola. Alguien a quien odiaba estaba conmigo, pero se encontraba fuera del alcance de mi vista. Oía el sonido de fuertes pisadas acercándose, y, a pesar de debatirme y gritar, no podía moverme. Me desperté llorando. La sábana con que me cubría estaba en el suelo, y mi madre, en pie, me miraba.

—¿Has tenido una pesadilla?

—Sí, un mal sueño.

Suspiró y me cubrió con la sábana.

—Has gritado mucho. Ahora tengo que ir al cuarto de Pierre, lo has asustado.

En cama, pensaba: «Estoy a salvo. Hay este rincón que forma la puerta del dormitorio, y están los muebles amigos. Hay el árbol de la vida en el jardín, y el muro con musgo verde. Hay la barrera de los acantilados y las altas montañas. Y la barrera del mar. Estoy a salvo. A salvo de desconocidos».

La luz de la vela, en el cuarto de Pierre alumbraba todavía cuando volví a dormirme. La mañana siguiente desperté con la certeza de que nada volvería a ser igual. Todo cambiaría y seguiría cambiando.

No sé de dónde sacó el dinero para comprar la muselina blanca y los adornos de color de rosa. Metros y metros de muselina. Seguramente había vendido su último anillo, sí, porque le quedaba uno. Lo vi en su cajita de joyas. Vi el anillo y un relicario con un trébol dentro. A primera hora de la mañana se pusieron a coser, y todavía cosían cuando me acosté. Al cabo de una semana, mi madre tenía un vestido nuevo, y yo también.

Los Luttrell le prestaron un caballo, y salía con él a primera hora de la mañana para no regresar hasta el día siguiente, muy tarde, y cansada, por cuanto había ido a un baile o a una cena campestre, a la luz de la luna. Estaba alegre y reía, más joven de lo que jamás la había visto, y en la casa había tristeza cuando ella no estaba.

Por esto, también yo me iba, y estaba fuera hasta que anochecía. Nunca me quedaba mucho rato junto a la laguna, y nunca encontré a Tia.

Iba por otro camino que pasaba junto a la vieja refinería de azúcar y a la rueda del molino de agua que llevaba años sin rodar. Iba a lugares de Coulibri que no había visto antes, en donde no había carreteras, caminos o sendas. Y si las duras hojas de la alta vegetación me producían cortes en las piernas y en los brazos, pensaba: «Es mejor que la gente». Hormigas negras u hormigas rojas, altos hormigueros de hormigas blancas, lluvia que me calaba. Una vez vi una serpiente. Todo mejor que la gente.

Mejor. Mejor, mejor que la gente.

Contemplar, sin pensar en nada, las rojas y amarillas flores al sol fue como si una puerta se abriera y yo me encontrara en otro sitio y fuera otra. Ya no era yo.

Sabía la hora del día, a pesar de que, cuando hace calor y el aire es azul, y no hay nubes, el cielo puede parecer muy negro.

Asistí a la boda de mi madre con el señor Mason, en Spanish Town. Christophine me rizó el cabello. Llevé un ramo de flores y todo lo que vestía era nuevo, incluso los lindos zapatos. Pero sus miradas se apartaban de mi cara animada por el odio. Había oído lo que aquella gente de suave sonrisa decía de mi madre, cuando ésta no podía oírles, y no sabían que yo les escuchaba. Escondida en el jardín, cuando nos visitaban, yo les escuchaba.

—Es un matrimonio insensato y lo lamentaré. ¿Por qué ha de casarse con ella un hombre tan rico que puede escoger entre todas las muchachas de las Antillas y, probablemente, incluso de Inglaterra?

Otra voz decía:

—¿Probablemente? ¡Con toda seguridad!

—Entonces, ¿por qué se casa con una viuda sin un céntimo, y sólo con Coulibri, que es una finca que nada vale? Dicen que los problemas de la emancipación mataron al viejo Cosway... ¡Tonterías! La finca ya llevaba años hundiéndose. Se mató con la bebida. Miles de veces, ni siquiera... ¡En fin! ¡Y las mujeres! Su esposa nada hacía para que se moderase, al contrario, lo empujaba a seguir hundiéndose. Y siempre, en Navidad, regalos y sonrisas para los bastardos. ¿Vieja costumbre? Ciertas viejas costumbres merecen estar muertas y enterradas. Ahora, su nuevo marido tendrá que gastarse una fortuna para adecentar la casa de manera que se pueda vivir en ella. Está de goteras como un colador. Y el establo, y la cochera negra como boca de lobo, y